

ORANDO CON LA PALABRA

(Tercer Domingo de Cuaresma)

“ Llegó Jesús al manantial de Jacob. Jesús, cansado del camino, estaba allí sentado junto al manantial. Era alrededor del mediodía. Llega una mujer de Samaria a sacar agua y Jesús le dice :”Dame de beber”. La samaritana le dice: “Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?”. Jesús le contestó: “Si conocieras el don de Dios y quién es el que te pide de beber, le pedirías tú y él te daría agua viva. El que bebe de esta agua vuelve a tener sed; pero el que beba del agua que yo le daré se convertirá dentro de él en un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna. Has tenido cinco maridos y el de ahora no es tu marido”. La mujer le dice: “ Señor, dame de esa agua. Veo que tú eres un profeta. Nuestros padres le dieron culto en este monte y vosotros decís que el sitio donde se debe dar culto está en Jerusalén”. Jesús le dice :”Créeme, mujer, se acerca la hora ya está aquí, en que los que quieran dar culto verdadero adorarán al Padre en espíritu y verdad, porque el Padre desea que le den culto así. Dios es espíritu y los que le dan culto deben hacerlo en espíritu y verdad. La mujer le dice:” sé que va a venir el Mesías, el Cristo cuando venga él nos lo dirá todo”. Jesús le dice:” Yo soy, el que habla contigo””. En esto llegaron sus discípulos y se extrañaban de que estuviera hablando con una mujer. La mujer entonces dejó el cántaro, se fue al pueblo y dijo a la gente:” Venid a ver un hombre que me ha dicho todo lo que he hecho, será este el Mesías?”. Mientras tanto sus discípulos le insistían :” Maestro, come”. Él les dijo: “ Yo tengo por comida un alimento que vosotros no conocéis. Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y llevar a término su obra. ¿No decís vosotros que faltan todavía cuatro meses para la cosecha?. Yo os digo esto: Levantad los ojos y contemplad los campos, que están ya dorados para la siega, el segador ya está recibiendo salario y almacenando fruto para la vida eterna y así se alegran lo mismo sembrador y segador”. En aquel pueblo muchos samaritanos creyeron en él por el testimonio que había dado la mujer: “ Me ha dicho todo lo que he hecho”. Así, cuando llegaron a verlo los samaritanos, le rogaban que se quedara con ellos. Y se quedó allí dos días. Todavía creyeron muchos más por su predicación y decían a la mujer: “”Ya no creemos por lo que tú dices, nosotros mismos lo hemos oído y sabemos que él es de verdad el Salvador del mundo”

(Jn 4,6-9)

La liturgia, nos vuelve a regalar, en este tiempo de Cuaresma, el relato entrañable del encuentro de Jesús con la Samaritana, junto al pozo de Sicar.

Jesús se acerca a la mujer, le habla, la acoge. La acoge como es, venga de donde venga, la acoge con su historia, con sus dudas, con su sed.

Ofreciendo el agua de la vida a la mujer de Samaria, Jesús muestra la universalidad de su mensaje. Ha venido para acoger, para compartir, para salvar a todos ; para ofrecer y regalar el agua que purifica, que libera, que salva.

Con Él , ha llegado la hora de adorar al Padre “en espíritu y en verdad”. A Dios se le adora desde el corazón, sin reducir el culto ni la oración a espacios, lugares ni horarios.

La Palabra, nos introduce en el diálogo de Jesús y la samaritana. Diálogo profundo, simbólico, sincero y entrañable. A lo largo de él, la samaritana se siente acogida, reconciliada. Y

brota en ella la adhesión a Jesús y el impulso a proclamar lo que ha oído y vivido junto al pozo de Sicar.

Que, junto al pozo, volvamos con Jesús, a reencontrarnos con nuestra verdad, con nuestros errores y nuestros deseos, y a retomar el camino, sintiéndonos acogidos, amados, liberados, salvados.

ORACIÓN

Cansado de caminar
bajo el sol hiriente del mediodía,
te sientas junto al pozo
y te acercas a la mujer de Samaria
a pedirle, sencillamente agua.
Inicias el encuentro
con una mujer extranjera.
La acoges como es,
con su historia, con sus dudas,
con su sed.
Y le ofreces el agua que sana,
que restaura,
el agua de la Vida.

Como la samaritana,
con tantas heridas
y tanta sed por saciar,
vengo al pozo a estar junto a ti,
a descansar a tu lado,
a encontrarme contigo,
a beber de tu agua
a dejar que limpie,
renueve, dinamice
la vida que hay en mí.

Vengo a beber de tu agua.
El agua que refresque
mi tierra agrietada,
el agua que renueve raíces
y salte risueña,
haciendo brotar ilusión y vida.
El agua que limpie el corazón
de temores y resentimientos,

que sane heridas
y devuelva luz y calor al amanecer de cada día.

El agua que nos libere
del egoísmo y el afán de poder,,
que siguen creando sistemas injustos,
corrupción, fronteras
y el sinsentido de cualquier tipo de guerra.

Vengo a beber de tu agua,
el agua del Espíritu,
el agua que serene por dentro,
que apaga la sed más profunda de las personas,
Que tu mirada junto al pozo,
me ayude a reconocer mi verdad.
a poner nombre a mis sentimientos,
errores y sueños,
y a retomar el camino
humilde y libremente,
abierta al cambio y al compromiso,
sintiéndome acogida, querida,
liberada, salvada.

Que descubra que “adorarte en espíritu y en verdad”
es adorarte desde el corazón,
desde lo más auténtico de uno mismo,
desde la propia pobreza y la honestidad.
Es adorarte,
desde lo más profundo
dónde el misterio de Dios y el hombre se encuentran.

Que como la mujer de Samaria,
anuncie a las gentes, con la vida,
lo que he oído y vivido junto al pozo.
Que comparta con ellas el caminar en la fe,
el crecer unidas
como personas y como creyentes,
proclamando al mundo
que Tú eres el único Señor,
el Salvador.
Amén

(F.Oyonarte, hcsa)

